



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE160502

Ser misioneras hoy



FOTO: ONP

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

Consejo de redacción

RITANNA ARMENI
FRANCESCA BUGLIANI KNOX
ELENA BUIA RUTT
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRAZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
GIORGIA SALATIELLO
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (coordinadora)

En redacción

GIULIA GALEOTTI

SILVIA GUIDI

VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano
(traducción de ÁNGELES
CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

LUCIA CAPUZZI

Mujeres que van más allá. Así, parafraseando a **Madeleine Delbrêl**, podemos definir a las misioneras. Son las que parten hacia horizontes lejanos y lugares remotos donde viven y a menudo mueren como mártires, como testigos. Y son las que, “sin barca”, cruzan fronteras culturales, sociales y espirituales para llegar al otro. Como nos recuerda el Papa **Francisco** en su mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones: “La Iglesia de Cristo fue, es y será siempre en salida hacia nuevos horizontes geográficos, sociales, existenciales, hacia lugares y situaciones humanas de frontera para llevar testimonio de Cristo y de su amor a los hombres y mujeres de todos los pueblos, culturas y condiciones sociales. En este sentido, la misión será *missio ad gentes*, como nos enseñó el Concilio Vaticano II, porque la Iglesia tendrá que ir más allá de sus propias fronteras, para dar testimonio a todos del amor de Cristo”.

No es posible dibujar un perfil rígido de las misioneras ya que la palabra “misión” encierra un contenido plural, multidimensional y multicolor. Hasta la segunda mitad del siglo XX, se utilizó el término, en base al significado que le dieron los jesuitas en el siglo XVI, para indicar las actividades especiales de la Iglesia. Durante el auge misionero del siglo XIX, se aplicó a la figura un tanto romántica del presbítero enviado oficialmente por la jerarquía eclesiástica a un país no cristiano con el mandato de convertir a la población y edificar una comunidad eclesial. Una fórmula que, paradójicamente, excluía a las mujeres. Sin embargo, en este período florecieron figuras extraordinarias como las grandes monjas misioneras, desde **Francesca Saverio Cabrini**, apóstol de los migrantes, hasta **Laura Montoya**, pionera en la defensa de los indígenas amazónicos. Mujeres que han ido más allá en muchos sentidos, incluidos los prejuicios contra ellas.

Era el 1 de enero de 1872 cuando tres muchachas, **Maria Caspio**, **Luigia Zago** e **Isabella Zadrich**, dieron vida al núcleo →

→ original de lo que luego sería el primer instituto exclusivamente femenino misionero nacido en Italia: las madres Pías de la Nigrizia, hoy Combonianas. El fundador, **Daniele Comboni**, fue perfectamente consciente de la audacia de la elección y también de las controversias que podía suscitar. Lo que le hizo perseverar fue la profunda convicción de la necesidad de las mujeres, testigos de la compasión de Dios por los pobres. Por eso, compara a “sus” hermanas con “un sacerdote y más que un sacerdote”. Son –escribe– “una fiel imagen de las antiguas mujeres del Evangelio que, con la misma soltura con que enseñan el abecedario a los huérfanos abandonados en Europa, afrontan meses de largos viajes a 60 grados, atraviesan desiertos a lomos de camellos y caballos, duermen a la intemperie bajo un árbol o en un rincón de un barco árabe, socorren a los enfermos y piden justicia a los califas para los desdichados y oprimidos. No temen al rugido del león, afrontan todos los trabajos, los viajes desastrosos y la muerte para ganar almas para la Iglesia”.

En los años siguientes se crearán otros institutos como las hermanas javerianas, las misioneras de la Consolata o las misioneras de la Inmaculada Concepción.

Nuevo concepto

La crisis del concepto “clásico” de misión y de misionero es su asociación con la expansión colonial de Occidente, aquella narrativa que trata de integrar la transmisión de la fe en la obra “civilizadora” del hombre blanco hacia los pueblos “primitivos o salvajes”. El Concilio Vaticano II le eliminó toda ambigüedad y dio una dimensión sin precedentes al impulso misionero. La misión no es un oficio eclesial, sino una dimensión constitutiva de la Iglesia que participa de la *missio Dei*. Desde este punto de vista, toma la forma de un dinamismo

que tiene como objetivo llegar a todo el mundo para transformarlo en el Pueblo de Dios, que es misionero porque Dios lo es. En la eclesiología actual, la Iglesia es esencialmente misionera, existe mientras sea enviada y mientras se constituye en misión. Un punto de inflexión bien descrito en el artículo de la historiadora **Raffaella Perin**. *Evangelii Gaudium*, inspirada en el documento de Aparecida y en el Sínodo sobre la Nueva Evangelización, retoma con fuerza esta perspectiva. En la “Iglesia en salida” de la que habla el Papa Francisco, el estilo, las actividades, los horarios, el lenguaje y la estructura son transformados por la opción misionera, que es su eje. La reforma de la Curia romana, contenida en la Constitución Apostólica *Praedicate Evangelium*, es su encarnación concreta como ilustra la canonista **Donata Horak**.

Ser misioneros es un modo de ser comunidad eclesial. No es sociología. No es una ONG, como repite el Pontífice. No es una actividad institucionalizada, una función a realizar o un compromiso, aunque sea con fines benéficos y caritativos. Es la naturaleza de la Iglesia. El motor de su acción. Se trata del corazón del Evangelio: la preocupación por los excluidos y la pasión por el Reino. Como afirma **Agostino Rigon**, director general del Festival de la misión: “Si Dios se preocupa por el mundo entero, el campo de la *missio Dei* es también el mundo entero, cada ser humano y todos los aspectos de su existencia”.

Es la fraternidad la que empuja al hombre o a la mujer a acercarse a los que yacen en las calles dondequiera que estén: indígenas expulsados de sus tierras, víctimas de la trata, niños esclavos o migrantes condenados a un peregrinaje invisible. Para ayudarlos a levantarse y aceptar ser criados por ellos. Porque los rechazados son maestros de vida y de fe, como destaca un proyecto inédito del Dicasterio para el

Servicio del Desarrollo Humano Integral que ha creado una especie de “cátedra de teología para los pobres”. Un grupo de expertos ha preguntado sobre las grandes cuestiones de la teología a un grupo de marginales entre los marginales. Las respuestas son la esencia del Evangelio.

Compromiso común

De aquí surge una pregunta crucial. Si todos los bautizados y todas las bautizadas son necesariamente misioneros, ¿tiene todavía sentido la elección de tantos laicos y religiosos que dejan su propio país y van a lugares lejanos para anunciar el Evangelio con su vida y sus obras? “Estoy convencida de ello”, dice **Marta Pettenazzo**, religiosa de las misioneras de Nuestra Señora de los Apóstoles y la primera mujer en dirigir la Conferencia de Institutos Misioneros Italianos (CIMI). “El compromiso misionero concierne a todos y cada uno. Mientras que algunos hombres y mujeres tienen la vocación de dedicar toda su existencia y sus talentos a dar testimonio del Evangelio, dentro y fuera de su propio país”. Una misión entendida de forma total y dirigida a la fragilidad humana allí donde se encuentre. El horizonte geográfico sigue existiendo. “La llamada *missio ad extra*, es decir, vivir en naciones ajenas a la propia, es una de las dimensiones de la misión y

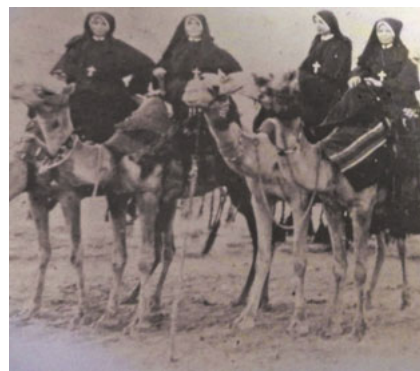




FOTO: OMP

sigue siendo la prioridad para algunos institutos o congregaciones. En el centro de esta elección no está tanto el movimiento físico como la actitud existencial que implica la voluntad de partir. Significa dejar lo conocido para ir hacia otra cosa. Y cuando lo haces, necesariamente te pones en actitud de aprender. La misión me ha enseñado que se da solo de la misma forma que se aprende”, señala Marta. De nuevo surge la dimensión de “ir más allá” en la que la aportación de las mujeres se vuelve fundamental. Siempre lo ha sido porque la primera misionera en la historia del cristianismo fue **Magdalena**, como nos dice la biblista **Marinella Perroni**. La misión contemporánea, cuyo corazón es cuidar y acompañar, tiene un rostro muy femenino, como lo demuestra el abanico de relatos recogidos en este número. Desde el de **Lisa Clark**, misionera de la no violencia en la sociedad civil y dentro de las instituciones; hasta la historia de sor **Zvonka Mikec**, del Instituto Hijas de María Auxiliadora, una vida misionera en África entrevistada en Roma por **Tea Ranno**, ex alumna salesiana. La recuperación de lo femenino, asociado durante mucho tiempo a la irracionalidad y la incapacidad de gestión, como argumenta el teólogo protestante **David Bosch**, es fundamental para liberar el concepto de misión de cualquier pretensión de dominación, de cualquier ansiedad performativa o de cualquier paradigma de eficiencia. Solo el misionero que combina el vigor con la ternura sabe crear espacios de auténtica gratuidad.

Esta actitud mental y espiritual requiere un proceso de formación integral que es uno de los desafíos abiertos. Los institutos y congregaciones, para las religiosas y laicas

que los integran, combinan cada vez más la teología básica con estudios superiores de misionología, así como un currículo específico para el papel que desempeñarán en las diversas obras, desde la asistencia sanitaria hasta la educación. “Claro que hay que reforzar más la parte de la interculturalidad”, dice sor Marta. Para quienes optan por comenzar con asociaciones o a través de la diócesis, además de la formación interna, existen cursos específicos.

Cómo mantenerse

El punto delicado, en tiempos de recesión mundial, sigue siendo cómo mantenerse. La solidaridad y el trabajo son las primeras fuentes, aunque sean perpetuamente insuficientes. A menudo, la contribución de los benefactores cubre la puesta en marcha de proyectos específicos. Pero es más difícil encontrar fondos para el mantenimiento, que es fundamental para que las misioneras puedan dedicarse a tiempo completo a los últimos. Las religiosas y

laicas suelen optar por incorporarse a las diócesis de los países de acogida. Sin embargo, queda por resolver la cuestión de que la contribución sea reconocida por su compromiso pastoral, adecuada con respecto al trabajo realizado y apta para sostenerse a sí misma. Una modalidad pionera es la de las comunidades misioneras intercongregacionales y, a veces mixtas, que permiten vivir plenamente las relaciones de reciprocidad entre los géneros.

En resumen, la misión del siglo XXI no puede prescindir de las mujeres. “Su creatividad es indispensable para hacer frente a las situaciones límite en las que estás inmersa en misión. Para mí, una misionera es aquella que ayuda a hacer nacer la fe, tanto en quien no la conoce como en quien ha perdido el sentido”. Una “matrona del Evangelio” que no tiene la ansiedad de bautizar o, peor aún, de ganar prosélitos, sino que trata de abrir ventanas para que entre el soplo del Espíritu en las mujeres y los hombres de este tiempo.

María y todas sus discípulas

En estos dos milenios ellas han difundido el cristianismo

RAFFAELLA PERIN

Las mujeres han sido protagonistas de la difusión del cristianismo en diferentes culturas a lo largo de los siglos de la era cristiana. A pesar del papel crucial que han jugado las mujeres misioneras, el estudio de su contribución se ha descuidado mucho, incluso por parte de los historiadores. Las razones de este olvido son múltiples: desde la costumbre de la historiografía, pasando por los tiempos recientes en los que se ha prestado poca o ninguna atención a la historia de las mujeres y del “catolicismo femenino”, hasta las dificultades objetivas de acceder a los archivos de las congregaciones religiosas femeninas sobre la misión moderna y contemporánea.

En las últimas décadas, la afirmación de la teología feminista a nivel internacional, la promoción de la interdisciplinariedad, la difusión de los estudios de género y la inclusión de los estudios sobre el cristianismo en la historia global han estimulado nuevas investigaciones, publicaciones y proyectos que han propiciado un enfoque transaccional de la historia de las congregaciones de mujeres misioneras por parte de estudiosas y estudiosos de diferentes partes del mundo.

En los Evangelios encontramos a las primeras mujeres misioneras. **Juan** confiere a **María Magdalena** el mandato de anunciar la muerte y la resurrección de **Jesús**, porque al recibir la primera aparición del Resucitado se convierte en la primera apóstol de Cristo. El evangelista **Lucas** encomienda a María, llamada Magdalena, a **Juana**, a **Susana** y a otras mujeres que siguieron a Jesús y a los doce la tarea misionera de asistírles con sus bienes y compartir con ellos el camino del Nazareno.

En los orígenes del movimiento cristiano, la difusión del evangelio fue obra de misioneros itinerantes, comerciantes, hombres de cierto nivel cultural y social, y de mujeres con posibilidades. La literatura paulina nos permite reconocer el papel de las mujeres misioneras que enseñaron, predicaron y fundaron iglesias domésticas.

Pablo se rodea de colaboradores y colaboradoras. A **Febe** le atribuye el título de *diákonos*, predicadora misionera en la iglesia de Cencrea; **Priscila** y **Junia** son las mujeres de **Aquila** y **Andrónico** con quienes forman parejas misioneras judeocristianas, práctica misionera habitual; la apóstol **Tecila** recibe de Pablo la tarea de enseñar la palabra de Dios y se convierte en alguien que predica y bautiza. Las diaconisas de las Iglesias siríacas del siglo III que iban a los hogares a visitar y cuidar a los enfermos son el ejemplo de la primera caridad cristiana, en este sentido constituyen las primeras formas de misión de la Iglesia.

A partir de la época tardoantigua, la mujer quedó excluida de cualquier forma de ministerio, por lo que su actividad se limitó a la oración, la ascesis y más tarde al servicio y las relaciones personales como forma de testimonio del Evangelio. A principios de la Edad Media, los monasterios femeninos florecieron en toda Europa, algunos de ellos dirigidos por abadesas poderosas. **Lioba**, monja benedictina misionera inglesa, acompañó al obispo de Maguncia, **Bonifacio**, en la misión evangelizadora de Alemania, y él la hizo abadesa de Tauberbischofsheim. En la Baja Edad Media encontramos figuras como la del reformador de Lyon, **Valdesio**, quien en su predicación itinerante inspirada en la vida apostólica de los orígenes, no excluyó a las mujeres que en el valdismo primitivo se dedicaban a la actividad proselitista.

Clausura de las religiosas

En los movimientos heréticos, las mujeres podían participar activamente en la misión evangelizadora incluso predicando el Evangelio en las calles y plazas, pero la Inquisición terminó con esta libertad para las mujeres. En 1298 **Bonifacio VIII** obligó a las monjas de todas las congregaciones y órdenes a permanecer en estricta clausura. Esta restricción impidió a **Clara de Asís** seguir a **Francisco**, pero no heredar su espiritualidad, dando lugar a una feminización del cristianismo que tomó la

forma de nuevas formas de vida religiosa vinculadas al cuidado y la atención a los últimos. A principios del siglo XVI, las Ursulinas de **Angela Merici** encarnaron este nuevo espíritu misionero en la enseñanza y educación de las niñas. Se allanaba el camino para una misión llevada a cabo en los márgenes, más allá de los centros de poder eclesiástico, como más tarde se desarrollará de manera más evidente en territorios no europeos.

En la Edad Moderna la inspiración misionera de la Iglesia europea se vio fomentada por la posibilidad de cristianizar a las poblaciones sometidas por las principales potencias colonizadoras. La Compañía de Jesús, con voto especial de obediencia al Papa, ayudó a perfilar la misión como la evangelización de los no cristianos. El Concilio de Trento reafirmó la clausura de las religiosas e impulsó que la residencia fuera en un convento. Sin embargo, la vocación misionera de numerosas congregaciones femeninas que surgieron precisamente entre los siglos XVI y XVII no se apagó. La ursulina **Marie de l'Incarnation Guyart** fue la primera misionera en Canadá. Partió en 1639 para unirse a los jesuitas entre los indios Huron y en Quebec construyó el primer centro para educar a los hijos de los colonizadores y de los amerindios. Para las mujeres europeas convertirse en misio-





neras fue también una forma de escapar de las normas sociales que las obligaban a tener hijos en matrimonios concertados, asumiendo el riesgo de realizar largos y muchas veces complicados viajes, pero al mismo tiempo saboreando una independencia imposible en Europa.

Después de la Revolución Francesa, misioneras de las nuevas congregaciones de mujeres, principalmente de Francia, viajaron a América del Norte para abrir escuelas para niñas, hospitales, cuidar a los enfermos y apoyar a los inmigrantes. En 1807 **Anne Marie Javouhey** fundó las Hermanas de San José de Cluny, una congregación misionera que envió a sus monjas a África y la Guayana Francesa. En Italia el primer instituto misionero femenino fue el Instituto Comboniano de las Pías Madres de la Nigricia (1872). Después aparecieron las Hermanas Javerianas (1895), las Misioneras de la Consolata (1910) y las Misioneras de la Inmaculada (1936). En 1880 **Francesca Cabrini** fundó las Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús en Codogno con el sueño de evangelizar Asia.

León XIII la convenció de poner rumbo a los Estados Unidos y en 1889 se instaló en Nueva York para ayudar a la gran multitud de inmigrantes italianos y huérfanos. Como escribió Madre Cabrini “el mundo es demasiado pequeño para limitarnos a un

solo punto. Quiero abrazarlo por completo y llegar a todas partes”. Así, las Misioneras del Sagrado Corazón fundaron misiones en Estados Unidos, Europa, América del Sur, África, Australia y China. En Asia, otras congregaciones francesas se lanzaron al apostolado misionero en Hong Kong, Indochina, Vietnam, Japón y Filipinas. En Inglaterra, **Elizabeth Hayes** fundó las Hermanas Franciscanas Misioneras de la Inmaculada Concepción de María y, al mudarse a Roma en 1880, establecieron misiones en todo el mundo, prestando servicio como educadoras y hospitalarias.

Migraciones

Entre los siglos XIX y XX se produjo una extraordinaria migración de misioneras de pequeñas y grandes congregaciones a todos los continentes con la consiguiente aportación en el campo educativo, asistencial y humanitario en general. Las misioneras, y quizás este sea el rasgo que las distinguía de los misioneros, establecían una relación directa y cotidiana con las personas, muchas veces con los más frágiles como las mujeres y los niños. Fueron mediadoras culturales en el proceso de adaptación del anuncio y posteriormente de inculturación: Salesianas, Maestras Pías Venerinas, Maestras Pías Filipenses por citar a algunas de las protagonistas. La libertad de movimiento significaba adquirir autonomía y ampliar los márgenes de intervención misionera. En el siglo XIX se crearon 400 congregaciones femeninas en Francia, país del que en 1901 partieron para la misión más de 10.000 religiosas frente a los 4.000 religiosos masculinos. A partir de la segunda mitad del siglo, unas 590 congregaciones principalmente femeninas de Francia, Italia y Alemania se trasladaron hacia los centros más urbanizados y populosos de Brasil como São Paulo y Río de Janeiro. El trabajo de las mujeres misioneras contribuyó a la transformación cultural y social de las poblaciones que encontraron, aunque no solo de forma positiva. Las misioneras procedían de un mundo en el que los esfuerzos humanitarios y educativos se entendían como una obra de civilización de los pueblos considerados culturalmente menos desarrollados y, en consecuencia, pusieron en práctica algunos métodos coercitivos y violentos, como la llevadas a cabo en Eritrea para italianizarlos, que tuvieron efectos negativos y, en algunos casos, devastadores.

Pero también encontramos religiosas como las misioneras alemanas que hicieron su contribución antiesclavista en Togo y

Nueva Guinea o como aquellas misioneras doctoras cuya contribución fue muy importante en países donde las mujeres no podían ser visitadas por médicos varones. En 1925, la médica misionera austríaca **Anna Maria Dengel** fundó la Medical Mission Sister que en 1935 se convirtió en la primera congregación femenina dedicada exclusivamente a la medicina después de que *Propaganda Fide* levantara la prohibición a las monjas de ejercer esta profesión. A partir del siglo XX se comenzó a solicitar la preparación universitaria para las misioneras. En Oriente Medio, tras el nacimiento del Estado de Israel y la creación de campos de refugiados palestinos en los países vecinos, las misioneras presentes en el Patriarcado Latino de Jerusalén desde el siglo anterior jugaron un papel fundamental en la asistencia sanitaria.

Al servicio de los marginados

A lo largo de la historia, la acción misionera de la mujer se ha desarrollado principalmente al servicio de los marginados, en los campos de la educación, el cuidado, la asistencia médica, la caridad. Así tuvieron la posibilidad de acercarse a las personas, de entrar en la intimidad de sus familias, de ganarse la confianza de la gente abriendo camino para la obra de evangelización de los misioneros varones. Esta estrategia misionera fue adoptada en el mundo protestante donde encontramos muchas parejas misioneras, marido y mujer, pero también numerosas mujeres solteras. La China Inland Mission (CIM), fundada en 1865, alentó a las mujeres misioneras a aventurarse en las provincias del interior de China por su cuenta. En 1900, la mitad de los 498 misioneros protestantes de la CIM eran mujeres. En 1861, **Sarah Doremus** fundó la Women's Union Missionary Society, una sociedad misionera protestante interdenominacional que enviaba mujeres solteras a misiones.

El Concilio Vaticano II cambió el concepto de misión que luego fue retomado y clarificado en la exhortación apostólica posconciliar *Evangelii Nuntiandi* (1975) de **Pablo VI**. La misión como anuncio y como servicio en el nombre de Jesús debía interesar a toda la Iglesia (pueblo de Dios), hombres y mujeres, sacerdotes y laicos. El Papa **Francisco** en *Evangelii Gaudium* subrayó la necesidad de una Iglesia en salida, en la que la dimensión del cuidado y el diálogo con el otro sea central. Por eso, las misioneras están llamadas a tener un papel decisivo que todavía está por reconocer.

Las dificultades de Magdalena

MARINELLA PERRONI

La 'santa calumniada' fue la primera en anunciar al Resucitado

Me escucharán". Así concluye la más reciente de las películas sobre **María de Magdala** (2018), la de **Garth Davis**, en la que una espléndida **Rooney Mara** interpreta a una **Magdalena** que por fin ha vuelto de alguna manera a la veracidad de los testimonios evangélicos.

Ya no prostituta, ya no penitente, sino discípula y apóstol: "Me escucharán". Los Evangelios sinópticos dejan patente que fue María de Magdala la primera de entre todos los discípulos que fue transmisora del anuncio de la resurrección de **Jesús**. Por su parte, **Juan** reservó a **María** un papel privilegiado de primera testigo y primera apóstol, dado que el Resucitado le confía a ella el mandato apostólico de donde partirá la misión cristiana.

Aunque queda un problema abierto porque esa mujer, que probablemente procedía de uno de los muchos pueblos que bordeaban el lago Tiberiades, está reconocida como "la apóstol de los apóstoles", pero nunca ha sido proclamada como "apóstol de Cristo", que es todavía más cierto. Es uno de los tantos ejemplos de las dificultades que siempre han acompañado la construcción de la historia de las mujeres. Sin embargo, el cuarto Evangelio no admite dudas: para **María** sucede lo que para **Pablo** sucede porque es el mismo Resucitado quien otorga a su discípula con el mandato de apóstol de la resurrección.

Lo que sucedió con los discípulos de **Jesús** tras su muerte y resurrección es algo que solo puede reconstruirse de forma aproximada porque los Evangelios son parcos en información. Y los Hechos de los Apóstoles reconocen solo a **Pablo** como el gran protagonista de la misión cristiana gracias a la cual el Evangelio llega al corazón del Imperio. Casi nada nos dicen de todos los demás, ni siquiera del grupo de los Doce. Este vacío de información se fue llenando enseguida de leyendas. Estas tampoco carecieron por completo de fundamento histórico porque surgieron en torno a núcleos de memoria viva, muchas veces ligados a personas y lugares, y se desarrollaron en tradiciones que garantizaron la transmisión de la identidad de las comunidades desde que se originaron. Los estudiosos las llaman "historia de los

efectos", son las huellas indelebles que la transmisión de la memoria deja en los procesos culturales y está claro que dicen más de los que las cuentan que lo que cuentan.

Si hoy existen agencias de viajes que organizan recorridos en Provenza para hacer en diez etapas el camino de **María Magdalena**, es porque las tradiciones en torno a ella están muy arraigadas en la vida de esa región del sur de Francia. Un ejemplo es el texto de **Jacopo da Varagine** (1228-1298), que se leía el día de su fiesta; otro es el fresco de **Giotto** en el basílica de Asís. Ambos cuentan que **Magdalena**, junto con **Marta** y otros discípulos que escaparon de la persecución de **Herodes**, llegaron milagrosamente a la región de **Marsella** donde **María** inició una intensa actividad evangelizadora que duró treinta años.

Visitas a la cueva

Tampoco puede sorprender que desde la Edad Media haya una peregrinación ininterrumpida a la cueva situada en el macizo montañoso de **Sainte Baume**, en el sur de Francia. Es un lugar en el que se cree que se encuentran las reliquias de la discípula de **Jesús**. Toda una región europea debe su adhesión a la fe cristiana a este pequeño grupo de discípulos, entre los que destaca **María Magdalena**.

Sin embargo, a medida que nos alejamos de los textos evangélicos, el perfil de la

discípula galilea adquiere también otros rasgos, cada vez más ajenos a su historia. Ha sido identificada con **María de Betania**, con la madre de **Jesús** o hasta considerada una prostituta sensual, tal y como la retrata la iconografía tradicional del occidente latino. Ni siquiera una figura tan destacada como el cardenal **Ravasi**, —que la definió como "una santa calumniada"—, ha logrado erradicar del imaginario de muchos católicos esta imagen que se ha revestido de más misterio al atribuirle la identidad de esposa o concubina de **Jesús** y progenitora de los merovingios.

Prueba de la imagen distorsionada de **Magdalena** que tanto fascina son los doscientos millones de ejemplares vendidos del thriller de **Dan Brown** *El Código Da Vinci*. Unas cifras que dicen mucho sobre lo que debe representar la mujer para ser reconocida como protagonista de la historia.

El Papa **Francisco** la llamó "la apóstol de la nueva y más grande esperanza" y elevó su fiesta litúrgica, que la iglesia celebra el 22 de julio, al mismo rango que las fiestas celebradas por los apóstoles. Sin embargo, ¿cuánto tiempo se tardará para que en el imaginario colectivo **María de Magdala** recupere su historia de mujer seguidora de **Jesús** que fue a anunciar a los discípulos: "He visto al Señor y ha dicho esto" (Juan 20:18)?



El día de Pentecostés de 2022 entró en vigor la reforma de la Curia romana, anteriormente regida por la Constitución *Pastor Bonus* de 1988. Son notables las novedades, aunque ya se habían producido algunas transformaciones de *facto* a lo largo de estos años. La nueva estructura de la Curia es más compacta y lineal, las materias antes divididas entre Congregaciones y Consejos Pontificios ahora vuelven a los Dicasterios, algunos de los cuales tienen nuevas denominaciones. Sería simplista resumir el significado de la reforma solo en términos de funcionalidad organizativa. El título de la Constitución Apostólica del Papa **Francisco** proporciona la clave de interpretación y la dirección que está impresa en el trabajo de la Curia Romana: *Praedicate Evangelium*.

Todo ese conjunto de organismos, que constituye la máxima expresión de la dimensión institucional de la Iglesia universal, encuentra su sentido y finalidad en el servicio del Evangelio. No es casualidad que el primer Dicasterio sea el de la Evangelización, presidido directamente por el Pontífice y dividido en dos secciones: la de las cuestiones fundamentales de la evangelización en el mundo y la de la primera evangelización y las nuevas Iglesias particulares. La evangelización consiste esencialmente en dar testimonio de palabra y obra de la misericordia que ha recibido la Iglesia y cada uno de los bautizados. Esto implica que toda la Iglesia está constantemente comprometida en un proceso de conversión misionera para dejarse renovar y moldear por la misericordia de Dios.

La comunión

La misión está íntimamente ligada a la comunión: la finalidad de la misión es hacer partícipe a cada uno de la comunión que Dios ha querido con la humanidad entrando en esta historia y en este mundo. Es necesario superar algunos esquemas eclesiológicos y pastorales según los cuales se debe cuidar primero la comunión *ad intra*, para luego poder anunciar el Evangelio *ad extra*. Debemos abandonar este esquematismo dualista, porque en realidad solo podemos alcanzar una comunión vital si vivimos como una "Iglesia en salida", en estado de constante conversión misionera. Como todo fiel, toda estructura eclesial, incluida la Curia romana, necesita dejarse evangelizar y esta conversión es por naturaleza misionera, como la que experimentaron los Apóstoles en Pentecostés.



Conversión misionera

DONATA HORAK

La canonista italiana analiza la reforma de la Curia romana

La comunión vivida da a la Iglesia el rostro de la sinodalidad, de la escucha recíproca y de la aceptación inclusiva. La Curia romana, viviendo la misma dinámica comunal y misionera de toda realidad eclesial, realiza concretamente la sinodalidad como estilo, método y forma de las relaciones eclesiales. Por eso, la Curia perfilada por la reforma del Papa Francisco está en relación orgánica, no solo con el Papa, sino con el Colegio Episcopal y con cada uno de los obispos, con las Conferencias Episcopales y sus Uniones regionales y continentales, y con la estructuras jerárquicas orientales. Es decir, no se sitúa entre el Papa y los obispos, sino que se pone al servicio de ambos y de las estructuras intermedias de comunión y colegialidad, ya que la Iglesia universal viene dada de la comunión de las Iglesias particulares.

El Obispo de Roma, como garante y custodio de la unidad de las Iglesias, tiene la inmensa tarea de gobernar la Iglesia universal; la Curia romana, según una antigua tradición, existe precisamente para permitir que los Papas ejerzan su poder primacial. De aquí deriva el carácter vicario del poder de la Curia, según el cual cada Institución curial y cada persona que recibe en ella un cargo u oficio,

ejerce el poder no por sí mismo, sino en nombre del Pontífice. La reforma actual implementa este principio de manera completa, quedando ya claro que todo bautizado puede ser investido de la potestad de gobierno aneja al oficio, en función de la calificación sacramental recibida en el bautismo y de su especificidad competencia en la materia.

Se explicita, pues, para evitar interpretaciones restrictivas, que cualquier fiel pueda presidir un Dicasterio o un Organismo. Serán los Papas, al proceder a los nombramientos, quienes discernirán los criterios de representatividad de las personas a las que encomendar las tareas en función del género, la pertenencia lingüística, cultural y ritual, el estado de vida y la vocación personal. En los últimos años ya hemos asistido a un tímido aumento de la presencia de laicos y laicas en los altos cargos.

En este sentido, algunas afirmaciones de expertos, —que se apresuraron a distinguir las materias aptas para laicos y laicas de los Dicasterios que deberían seguir siendo dirigidos exclusivamente por clérigos—, además de no ser acordes a lo indicado por la Constitución *Praedicate Evangelium*, suponen una falta de respeto hacia la potestad plena, suprema, inmediata y universal del Papa, que nombra a quien quiere sin más limitaciones que las que derivan del discernimiento de las exigencias del Evangelio y de la comunión.

La reforma será real y posible si brota de una conversión interior que abrace el paradigma del Buen Samaritano, quien sabe desviarse de su camino para cuidar de la humanidad herida, el rostro de Cristo.

Memorias de África

La misionera salesiana Zvonka Mikec fue superiora general

TEA RANNO



El primer encuentro ha sido con la Auxiliadora. Estaba allí de pie, blanca y mirando a quien cruza el umbral. En un santiamén vuelvo a ser una niña. Estamos en la terraza del Instituto, a los pies de la Auxiliadora que domina el pueblo con su mirada. Sor **Graziella** acaba de dejar caer una cerilla encendida sobre nuestras peticiones y sale un humo oscuro del cubo: “Vuestras oraciones vuelan al cielo, niñas”, nos dice con alegría. Seguimos el humo con la mirada y nos perdemos en el azul. Vuelvo al presente, a esta Virgen que me acoge con una amabilidad que me conmueve y me parece que he vuelto a casa.

La hermana **Zvonka Mikec** tiene una hermosa sonrisa y está algo ruborizada porque sabe que una escritora ha venido a entrevistarla, a hacerle preguntas sobre África, donde vive desde hace treinta años como misionera.

“Yo he crecido entre vosotras”, le digo.

En su rostro se dibuja una enorme sonrisa y me pregunta: ¿Y dónde?

“En Sicilia”.

“Así que has sido nuestra alumna”.

“Sí, desde la escuela infantil”.

Se acaban de invertir los papeles, ella pregunta y yo respondo. Le hablo de sor Graziella, de sor **María** con quien estuve en un grupo misionero durante años, de los muchachos del Amazonas que nos enviaban cartas y fotografías exóticas como la de un niño con una gran serpiente al cuello. También le explico que hace mucho que no sé de las hermanas. “En realidad, me he perdido muchas cosas”, le digo. Charlamos un poco más, reímos y en nuestra conversación ya empezamos a hablar de Dios. Ella y yo tenemos la misma edad. Ella es del 62 y yo del 63. Aunque venimos de mundos distintos. Ella de Eslovenia, de una tierra que llaman “la pequeña Suiza”, me dice. Viene además de un régimen comunista que impedía a los creyentes vivir su fe en público. Mientras que mi realidad es completamente distinta. Yo vengo de una tierra preñada de ritos y liturgias que se desarrollan fuera de las

paredes del templo y que impregnan la vida de la gente. Y, sin embargo, ella es la consagrada y yo la que escribe.

La observo unos instantes. Es una mujer fuerte con una mirada sincera. Me dicen que lleva África tatuada en el alma. ¿Y cómo se nota en el cuerpo?, ¿con una piel bronceada por el sol?, ¿con una mirada llena del dolor de los pueblos afligidos por guerras y hambrunas?, me pregunto.

“¿Me hablas de lo que es África para ti?”

Esboza una pequeña carcajada: “¿Por dónde empiezo?”

“Quizá por el momento en que entendiste que querías ser misionera?”

Asiente y comienza su relato. “Siempre me han gustado los niños y sabía que sería educadora. Nuestro párroco, a pesar de un régimen comunista de prohibiciones, siempre estaba inventando nuevas formas de reunir a los pequeños. Al crecer comprendí que era importante rezar juntos”.

Cuenta que cuando tenía once años llegó a la parroquia un misionero desde Burundi y que sus palabras combinadas con las diapositivas fueron tan impactantes para ella que, junto a dos amigas se dijeron, “vamos a ser misioneras”. Hablaron con el párroco para saber qué tenían que hacer. “Tenéis que crecer”, les respondió. “¿Qué inteligente!, ¿eh?”, añade. Les puso en contacto con unas hermanas vicencianas que propusieron a las chicas unos días de ejercicios espirituales en la ciudad de Bled.

“Recuerdo el primer encuentro. Estábamos en dormitorios pequeños, apretadas como sardinas, pero había ese ambiente alegre, festivo... Éramos unas chicas inquietas, despiertas”. Esa inquietud aún vive dentro de ella, se distingue en su sonrisa, en sus ojos vivaces.

Camino vocacional

En Bled conoció a una monja anciana, **Francesca**, a quien le encantaba hablar con las recién llegadas. “Le dije que quería ser educadora”. Ella intuyó su vocación y siguió escribiéndola para acompañarla en su camino vocacional. “Me gustaba estar con las monjas, pero no estaba segura de querer convertirme en una”, explica. Hasta que Francesca en una carta le preguntó qué quería hacer con su futuro.



“No le respondí, vivía en un país comunista y si hubiera manifestado mis intenciones habría tenido dificultades para estudiar. Además, el régimen prohibía a los maestros practicar su fe. Me matriculé entonces en una escuela profesional mientras mantuve siempre el contacto con las religiosas. Dentro de mí sabía lo que quería, pero guardé silencio al respecto. Sor Francesca volvió a preguntarme qué pensaba hacer. Hablé con mi madre y decidí. Fui a la escuela secundaria en Ljubljana, un tiempo feliz, y tras un año de postulando, comencé el noviciado en Castel Gandolfo. El 5 de agosto de 1984, en Bled, hice mi primera profesión religiosa”.

“¿Y la misión?”

“Dentro de mí, escuchaba la voz que me llamaba a la misión, pero no llegué a contarlo. Nada sucede por casualidad. Cuando estaba en Conegliano Veneto se preparaba la primera expedición a Madagascar. Yo era una joven religiosa que observaba todo ese movimiento mientras pensaba en lo mucho que me gustaría ir. Así que también presenté la solicitud. Pero estaba todavía en primer año y me dijeron que esperara a los votos perpetuos y después, si todavía tenía intención, me iría”.

Detiene su relato y me mira apuntrar. Y prosigue: “La preparación a los votos perpetuos es un momento de reflexión, el



tiempo en el que el Señor te sale al encuentro. Recé para discernir y comprender. No llegué a entender bien su mensaje hasta que un día, la provincial me preguntó si todavía pensaba en las misiones. Esa me pareció la señal que me enviaba el Señor. Envié de nuevo la solicitud y en dos semanas recibí la respuesta: ‘Termina tus estudios y vete’. Terminé y llegó el destino: ¡Angola! Yo sabía que estaba en África, eso era todo, ni siquiera que hubiera guerra’, rememora entre sus recuerdos.

Me fascina su historia, la espera silenciosa, el vivir la vida mientras sucede, encontrándose como frente a una puerta que, al abrirse, revela fragmentos del futuro.

“El 25 de abril de 1990, con otras doce hermanas, recibí el crucifijo misionero y partí para Verona donde hay un centro diocesano de formación. Nos instruyeron otros misioneros con experiencia en África. Allí nos contaron lo que íbamos a encontrar, las culturas, los tabúes... Obviamente, la verdadera preparación llega cuando estás en el sitio. Si te soy sincera, antes de marchar nunca me pregunté cómo sería ese lugar o lo que haría. Solo pensaba en los niños, en celebrar con ellos y en hablarles de Jesús y eso me hacía muy feliz”.

“¿Hablarles de **Jesús**, en qué idioma?”

“En portugués. Lo estudié durante cinco meses en Cascais”.

“¿Cuál fue tu primera impresión cuando llegaste a Angola?”

“Al bajar del avión, vi todo rojo: la tierra, las casas, las montañas de tierra roja. El aire no estaba demasiado caliente, como aquí en junio. Estaba muy emocionada. Caminé lentamente con los demás y cuando vi a mis hermanas me sentí aliviada. La comunidad de Luanda estaba en el cuarto piso de un edificio y me sorprendió por lo pequeña que era. Había solo cuatro hermanas y todo muy sencillo, muy pobre pero tan acogedor que me sentí como en casa. Me vinieron a buscar dos hermanas para llevarme a Cacucaco, a quince kilómetros de Luanda. El viaje en el *Range Rover* inmediatamente me dio un sentido de misión. Me esperaban las monjas y muchos niños cantando. Uno de ellos me recibió con un enorme racimo de plátanos. Lo recuerdo como un momento maravilloso”.

Dice que en ese momento la zona estaba llena de refugiados y que la guerra, recién terminada, había destruido a muchas familias así que los que llegaban del interior del país estaban necesitados de todo. “Dimos lo que pudimos, hicimos catequesis, enseñamos costura a las madres, alfabetizamos a los niños. Al principio no había escuela, pero pudimos construirla en 2002 con la ayuda de jóvenes”.

“¿Pudiste pagarles?”

“Sí, recibían un salario que les permitía mantener a sus familias. Empezamos de cero, haciendo ladrillos con arcilla roja, y construimos un hermoso centro que hoy acoge a más de mil quinientos jóvenes; algunos todavía trabajan con nosotros, son muy buenos trabajadores. Un solo electricista fue capaz de hacer la instalación de una escuela entera”.

“¿Cómo fue esa Navidad en Angola?”

Sonríe y me explica que pasó la Nochebuena “en la capilla de un pueblo repartiendo comida”. “La decoración navideña más hermosa fue la distribución de maíz, de las judías y del aceite. La realidad en los pueblos es la más crítica porque allí hay situaciones de extrema pobreza”, concluye.

Otros destinos

“¿Intentan emigrar a Europa?”

“No, más que nada hacia la capital. Los jóvenes llegan a la ciudad y no encuentran lo que esperan. Pese a todo, unos se quedan en la calle a vender y otros se adaptan a cualquier trabajo para poder subsistir. Están solos sin su familia. Si no encuentran algo que merece la pena terminan delinquiendo. Hay gente muy joven que nos preocupa por lo que tratamos de ofrecerles oportunidades académicas, algo que les pueda interesar y que les aleje del hambre y la delincuencia. Pero no es fácil”.

“Después se fue a otro destino”.

“A Mozambique. Viví allí desde 2010 hasta este año. Es una realidad más pobre y difícil que la angoleña, aunque la guerra terminó antes. En el norte se ha vuelto a la violencia provocada por grupos yihadistas que atacan e incendian pueblos. Nuestra comunidad vive situaciones difíciles, algunos maestros han visto morir a sus familias, hay muchos huérfanos y demasiada gente huyendo para salvarse. En el sur la situación es más tranquila, allí brindamos formación. Los muchachos estudian y aprenden oficios como costura, panificación o trabajos agrícolas. Hemos creado dos centros de acogida para jóvenes en situación de riesgo. Muchos de nuestros maestros de ahora son niños que formamos entonces. Siempre digo que, con un poco de esfuerzo, mucha oración y mucho trabajo se pueden obtener buenos frutos”.

“Estoy convencida”.

Sonríe.

Miro el reloj. Entiendo que es hora de terminar. Pasamos de la capilla, un saludo al Santísimo, otro a la Virgen, un abrazo a ella que me acompaña hasta la entrada y, cuando es hora de marchar me dice: “Adiós y vuelve cuando quieras”.

La misión es vida, es un encuentro que transforma. Contaremos la misión a través de la vida de tres mujeres entregadas a Dios y comprometidas en países donde hay conflicto o luchan por los derechos humanos. En una Iglesia a menudo herida y confundida, estas mujeres comparten sus sueños y su trabajo cotidiano a partir de la pasión por Cristo que cambia continuamente su existencia, la enriquece con nuevas perspectivas y la abre a nuevas posibilidades.

Son religiosas combonianas y desde siempre la vida misionera comboniana ha estado orientada a dar testimonio de Cristo al servicio de la vida, especialmente de los más pobres. Es una invitación acogida por muchas mujeres jóvenes que ponen su fe y su propio ser en juego para construir puentes entre culturas, tejer relaciones de paz y sostener el grito de justicia y dignidad que viene de hombres, mujeres, pueblos enteros. Siempre con una mirada atenta al mundo actual, emprendedora y abierta a la interculturalidad.

De México a Oriente Medio

La hermana **Lourdes García** es mexicana y ha vivido en el Oriente Medio durante los últimos cinco años. Actualmente se encuentra en Israel trabajando en las comunidades beduinas de Jahalin en el desierto de Judea. De la escucha de sus necesidades han nacido ideas y programas de formación y educación que se ponen en práctica a través de una densa red de voluntarios y colaboradores de diferentes confesiones religiosas y de monjas de diferentes congregaciones.

Como ella misma dice, “esto nos motiva a sentirnos puente entre dos pueblos, nuestra intención es en realidad acompañar a este pueblo minoritario, pero al mismo tiempo ser puentes de paz”. Así, “se está creando una pequeña red que no solo es intercongregacional, sino también interreligiosa, para salir al encuentro de nuestros hermanos y hermanas más vulnerables. Tengo la gran esperanza de que podamos vivir y trabajar juntos por el bien común, uniendo fuerzas cada uno desde su propia fe, judíos, musulmanes, cristianos”.

Una fe que se proclama a través de gestos y acciones cotidianas en los que se hacen realidad los valores del Evangelio: acogida, respeto, encuentro y generosidad. “Se han creado lazos de cercanía, diálogo, hermandad y cariño con nuestros hermanos y hermanas musulmanes. Viviendo juntos los momentos significativos de sus



Vocación sin fronteras

GABRIELLA BOTTANI Y MARIOLINA CATTANEO

vidas, pude conocer, además de su cultura y tradiciones, la realidad íntima de estas comunidades, sus dificultades o los problemas de las mujeres, por ejemplo, que se casan muy jóvenes y no continúan con sus estudios ni adquieren ninguna otra formación”.

El compromiso misionero continúa también con la pequeña comunidad cristiana de El-Azariyeh, la ciudad de Lázaro, la zona palestina donde vive. “Son una pequeña comunidad cristiana de unas 10 familias. Nos reunimos todos los días para rezar el Rosario con las mujeres, organizar momentos de oración y visitar a los enfermos”.

De Portugal a Sudán del Sur

Sor **Joana Carneiro** viene de Portugal y desde hace cinco años vive y trabaja como médico en el St Daniel Comboni Catholic Hospital, en Wau, la segunda ciudad más

grande de Sudán del Sur. El centro atiende a unos 5.000 pacientes a la semana y constituye una importante realidad sanitaria en un país marcado por la guerra. El hospital cuenta con 110 camas, divididas en cuatro departamentos: cirugía, medicina general, maternidad y pediatría; además hay un servicio de radiología que es el más avanzado en Wau. La hermana Joana está actualmente a cargo del departamento de cirugía.

“La atención médica en Sudán del Sur es muy frágil y en este siglo XXI todavía hay muchas personas que no tienen acceso a la atención médica básica, entre ellos, muchos niños y mujeres. Nuestra presencia como misioneras combonianas en un hospital diocesano no es solo una solución a la falta de atención sanitaria en el país, porque es un derecho básico que se debe favorecer desde las instituciones del país.



Las combonianas encarnan la llamada 'ad gentes' desde Chad hasta Perú

Nuestra presencia es un recordatorio y un signo sacramental: la sociedad de Sudán del Sur, y del mundo entero, no puede olvidar y abandonar a los más vulnerables entre ellos. Es la manifestación de que el amor de Dios está presente, por dura y difícil que sea la situación”.

Cuenta Joana que cuando llegó a Sudán del Sur su primera impresión “fue un shock porque nunca había visto tanta pobreza material”. “Fue una primera impresión muy fuerte ya desde el aeropuerto, que estaba hecho con unas carpas, no había siquiera una estructura. Cuando bajé del avión, caminé por la pista, vi mi maleta debajo de una cortina, le pusieron un sello y eso fue todo. Era un pueblo muy desorganizado y todo el país estaba sin agua y sin luz. Ni en las zonas más pobres donde antes había estado había encontrado tanta pobreza material”.

“Mi sueño como misionera comboniana no es solo ayudar en las necesidades médicas de las personas en la medida de lo humanamente posible, sino seguir las huellas de Jesús, que caminó ‘haciendo el bien’. Y como monja comboniana, sigo nuestro carisma de desarrollar concretamente el apostolado y el mío es estar entre los sudsudaneses”, explica aludiendo al método de **Daniele Comboni** que es salvar África con África.

Sin equipaje

Hay quienes van en misión partiendo de tierras que siempre han sido lugares de misión. La hermana **Benjamine Kimala Nanga** es una hermana comboniana de Chad que, después de un período en España donde estudió y trabajó en la pastoral migrante, juvenil y misionera, vive y trabaja en Perú desde hace seis años. Aquí se ocupa de la prevención de la trata de personas. Desde hace aproximadamente un año vive en una zona, el distrito del Carmen (Chincha Alta), que es la cuna de los afrodescendientes peruanos.

Como ella misma nos escribe: “Experiencia la misión como una llamada de Dios, ese Dios que camina con su pueblo, en este caso con el pueblo peruano en sus distintas realidades. La misión para mí hoy es caminar con y al paso de las personas que nos acogen desde su realidad. Mi servicio misionero en la prevención de la trata de personas me ha llevado a conocer la realidad sociopolítica, económica y eclesial del país.

Este aprendizaje me impulsó a vivir mi presencia misionera con los pies en suelo peruano y con el corazón lleno de esperanza en Jesucristo. La dimensión del trabajo en las comisiones permanentes de la Conferencia de Religiosos (JPIC - Derechos Humanos y Red Kawsay) del Perú y con la Red Talitha Kum (intercongre-

gacional) han sido para mí espacios de enriquecimiento”.

Kawsay, palabra quechua que significa vivir, es una red formada por más de 38 congregaciones religiosas y algunos sacerdotes diocesanos. No hay cifras oficiales, pero según el Defensor del Pueblo, más de 5.000 personas desaparecieron el año pasado. De estos, 1.506 eran mujeres adultas y 3.510 niñas. De media, 15 personas desaparecen todos los días, una cada dos horas. Según la policía, las desapariciones están relacionadas con la violencia de género, la trata de personas y problemas familiares. Y no existe un sistema de seguimiento rápido para los casos de mujeres desaparecidas. Durante el confinamiento, esta organización de derechos humanos en Perú denunció, sobre todo, la desaparición de adolescentes que huían de una vida de violencia y que terminaban secuestradas o traficadas.

La misión vivida por estas jóvenes que partieron de varias partes del mundo hacia otras tierras, otros pueblos y otras culturas, es un camino de transformación personal a la vez que de evangelización. Por eso, Lourdes puede asegurar que “vivir en Oriente Medio ha enriquecido mi ser misionera. Aprendí mucho de las diferentes culturas y religiones de esta tierra y la forma en que expreso mi fe se ha transformado positivamente”.

Es un camino que transforma la manera de sentirse parte de la Iglesia. Es lo que nos dice Joana: “No puedo ser una mujer consagrada si no soy parte de la Iglesia, como comunidad de creyentes, como ‘cenáculo de apóstoles’. Estar aquí en Sudán del Sur me llama a caminar con ellos a su ritmo, ni más lento ni más rápido, sino al ritmo de la Iglesia concreta que vive, encarna y celebra en estas tierras la vida de Jesucristo”.

Todo ello exige un nuevo modo de ser misioneras consagradas, una metodología que, como afirma Benjamine “ve el centro en el Evangelio como plenitud de vida, ecología integral en el lenguaje de hoy”. “Es importante que sigamos evangelizando y dejándonos evangelizar desde las periferias existenciales, desde los nuevos caminos de evangelización, para combatir de raíz la injusticia y la explotación de las personas, especialmente a través de la prevención. Es un trabajo transversal; es cuidar la vida en su totalidad” asegura. Y concluye: “Seguiré aprendiendo y compartiendo mi ser misionera comboniana africana también aquí en Perú con los afrodescendientes, hijos e hijas de esclavos arrancados de África”.



Las religiosas Regina, Mary y Veronika fueron asesinadas en Sudán del Sur

Hasta el final

ELISA CALESSI

La hermana **Regina Roba** y la hermana **Mary Daniel Abut** venían de misa. Era el 16 de agosto de 2021. En la diócesis de Torit, en Sudán del Sur, celebraban el centenario de la fundación de la parroquia de la que nació su comunidad. Era una doble fiesta, porque la iglesia estaba dedicada a Nuestra Señora de la Asunción y el 15, había sido la solemnidad de la Asunción de la Virgen María. Por su parte, un 16 de mayo de 2016, la hermana **Veronika Rackova** volvía de noche de trabajar en un hospital. Acababa de asistir a una mujer que estaba a punto de dar a luz. Tras asegurarse de que la madre tuviera todos los cuidados necesarios, había decidido regresar sola a su casa. Le insistió al conductor que descansara. No había de que preocuparse ya que conocía el camino y sabía conducir.

¿Quién podría hacer daño a la hermana Regina, a la hermana Mary y a la hermana Veronika? Pues hubo quien se lo hizo. Las tres murieron a manos de grupos armados que bloquearon los vehículos en los que viajaban. No las asesinaron por error. Las dispararon porque eran religiosas.

Su sangre baña la tierra que visita el Papa **Francisco**. Sudán del Sur, el estado más joven del mundo, es también uno de los más atormentados. Ha estado en guerra durante medio siglo. Primero para obtener la independencia y después desde 2013 con una guerra civil que parece interminable. Inicialmente las partes del conflicto eran las dos principales etnias del país, la Dinka y la Nuer. Después se sumaron las milicias sobre las que nadie tiene control y que desatan su violencia contra cualquiera. El resultado ha sido la miseria, el éxodo masivo de cientos de miles de personas y multitud de crímenes como asesinatos y violaciones. En ocho años de conflicto más de dos millones de personas de las que la

gran mayoría son mujeres y niños se ven obligadas a huir del país. Se estima que en los últimos veinte años ha habido dos millones de muertes. Los que sobrevivieron lo hacen en el miedo y la pobreza y, si son menores, corren el riesgo de ser reclutados por grupos armados. Un drama olvidado por Occidente. Pero no por los misioneros que siguen estando aquí para compartir, hasta el punto de dar su sangre, el sufrimiento de los que viven aquí. Son los mártires de hoy, los testigos. Como Regina, Mary y Veronika. No eran heroínas. Su historia se parece a la de muchos religiosos y religiosas que, desconocidos para el mundo, responden a su vocación allí donde Dios les ha llamado.

Huyendo de la guerra

Sor Regina y Sor Mary pertenecían a la Congregación del Sagrado Corazón de la familia Comboniana. La primera procedía de la diócesis de Yei, en Ecuatoria central, y era enfermera. Durante muchos años sirvió en la parroquia de Loa, en el Centro de Salud del Sagrado Corazón en Juba y el Hospital Infantil Alshaba en Juba. Luego se convirtió en administradora del Catholic Health Training Institute de la diócesis de Wau, un centro que desde 2010 ha formado hombres y mujeres de Sudán del Sur como enfermeros y matronas. A pesar de los enfrentamientos armados en esa zona, esta institución no ha cerrado ni un día. La hermana Mary era maestra. De 2006 a 2018 había sido superiora general de las Hermanas del Sagrado Corazón y en el momento de su muerte era directora del Colegio Sagrado Corazón en Juba, institución con más de mil niños.

Ambas habían ingresado al convento siendo jóvenes y eran originarias de Sudán del Sur. Querían huir de la guerra. Habían completado sus estudios en Uganda

y regresaron para cumplir su misión en su país. En la camioneta donde encontraron la muerte iban con otras cinco hermanas y cinco hombres. Un grupo de hombres armados les obligó a detenerse. Los hombres y cuatro de las hermanas empezaron a correr hacia el bosque. Los asaltantes abrieron fuego y lograron herir a Regina y a Mary. Cinco años antes, el 16 de mayo de 2016, también en Sudán del Sur, murió Veronika Rackova, religiosa eslovaca de las Misioneras del Espíritu Santo. Ella también fue asesinada en una emboscada por parte de una patrulla del Ejército de Liberación del Pueblo de Sudán del Sur.

A la medianoche del que sería el último día de vida, la hermana Veronika, directora del centro de salud St Bakhita's Medical Centre de Yei, recibió una llamada de una mujer. Le pidió que fuera a su casa. Estaba dando a luz y la situación se había complicado. Veronika no lo dudó, fue a buscar a la mujer en una ambulancia y la llevó al Harvester's Health Center. Después emprendió el camino a casa sola para permitir que el conductor descansara. En el camino de regreso, fue tiroteada. Murió en el hospital de Nairobi tras unos días de agonía. Tenía 58 años. Llevaba seis años realizando su misión en Sudán del Sur después de haber estado un tiempo en Ghana.



GLORIA SATTA

Vero Brunkow es brasileña de origen, tiene 43 años. Es graduada en misionología por la Pontificia Universidad Gregoriana. Tiene una hermosa sonrisa que siguen más de cien mil personas online. Vero Brunkow es consagrada del Regnum Christi y es una evangelizadora digital. Con compromiso, tenacidad y entusiasmo lleva todos los días la palabra de Dios a *Instagram* y a su propio canal de *YouTube*. Oración, interpretación del Evangelio, asistencia espiritual, consejos suyos, de sacerdotes y de teólogos... Vero es un *influencer* seguida en todo el mundo que encarna una misión completamente nueva, en línea con los tiempos y sobre todo por indicación del Papa **Francisco** quien recomendó a la Iglesia acoger y afrontar el desafío digital.

¿Cuándo acogiste tú este desafío?

Hace cinco años cuando abrí mi canal de *YouTube* después de formarme en evangelización digital en la plataforma española *iMisión*. Empecé con una reflexión dominical sobre el Evangelio, luego durante la pandemia los seguidores pidieron ejercicios espirituales online y poco a poco se fue ampliando mi campo de acción. Para tratar más temas y más veces a la semana, impliqué a sacerdotes y teólogos.

¿Por qué has decidido embarcarte en la evangelización online?

Para llevar la misión de la Iglesia al espacio digital. Donde está el hombre, allí está Dios, y como el hombre hoy vive frente a las pantallas y los teléfonos inteligentes, la Iglesia debe estar dispuesta a escucharlo también en ese espacio.

¿Pero no es solo un espacio virtual?

No hay que caer en equívocos. El mundo digital es real porque es donde vive la gente ahora. Muchos consideran la tecnología como una herramienta, en cambio, es una dimensión eficaz en la que la palabra de Dios puede y debe ser escuchada. Nuestro reto es hacer de ese espacio un lugar hermoso y rico en valores espirituales y de fe.

¿Qué buscan los fieles que se conectan?

Al comienzo de la pandemia, invité a la gente a compartir su experiencia de conversión. Cientos respondieron y fue hermoso. En ese período difícil percibí una fuerte necesidad de esperanza. Hoy los internautas se expresan sin vacilar sobre cualquier cosa: preguntan no solo cómo empezar a leer la Biblia, sino también cómo vivir un matrimonio en la fe, cómo afrontar la traición del cónyuge o cómo superar la depresión. En cada situación, el hombre necesita ser escuchado.



“Lo digital puede abrir el corazón”

Vero Brunkow es experta en evangelización virtual

¿La petición más impensable?

La comunicación digital, a veces bajo la garantía del anonimato, permite a las personas abrir su corazón sin miedo y hacer preguntas que no tendrían el valor de hacer en persona. Alguien me anunció que pretendía suicidarse, otros me preguntaron qué pensaba la Iglesia de la homosexualidad y llegaron incluso preguntas sobre la preparación para el Bautismo.

Hacer de puente

¿Hay más evangelizadores digitales?

Hay tantos... Hace unos meses nació una iniciativa apoyada por el Dicasterio de la Comunicación. Se titula *La Iglesia te escucha* y reúne a 244 evangelizadores digitales de todo el mundo. La idea es hacer de puente entre el proceso sinodal y las personas que están en el mundo digital. Nos estamos convirtiendo en una comunidad que ha superado los 500 miembros. Nos consideramos sembradores, pero no sabemos dónde llegará nuestra siembra ni dónde está la frontera del mundo digital. No puedo predecir hasta dónde llega nuestra palabra, pero estoy segura de que Dios está allí.

¿Has tenido oportunidad de hablar de esta misión con el Papa?

En agosto de 2022, el Papa Francisco nos dirigió un hermoso mensaje de aliento a los participantes en el encuentro “Hechos 29” realizado en Monterrey, México.

¿Cómo ves tu futuro?

Siento en mi corazón la necesidad de trabajar en la pastoral digital. Si Dios quiere, estará feliz de desarrollar mi misión actual.

En las RRSS hay muchos “haters”, ¿los sufres?

Hay algunas voces discordantes, pero no hablaría de *haters*. De vez en cuando en mis perfiles me encuentro con dudas o debates sobre temas religiosos, especialmente por parte de los protestantes. Con los católicos no tengo problemas en ese sentido.

¿Qué ha supuesto para ti ser hija de padres de distintas confesiones?

Crecí en Curitiba, Brasil, de madre católica y padre luterano, cuya religión aprendí a respetar desde temprana edad. Los sábados iba a misa con mamá y los domingos al culto con papá. Luego, en el año 2000, un par de meses antes de mi consagración, recibí la noticia de que mi padre se había hecho católico. Me gusta pensar que, con mi consagración, Dios se ha hecho cargo de todo lo que me es querido.

¿Cuál es tu sueño?

Me gustaría acercarme a las personas que se han alejado de la fe porque no sienten la cercanía de la Iglesia. La Iglesia está en todas partes y está lista para encontrarse con todos, para llevar la palabra de Dios dondequiera que esté el hombre. Los evangelizadores digitales somos un pequeño puente para facilitar este diálogo que, gracias a la tecnología, puede llegar cada vez más lejos.

Acompañando a la justicia

DE LUCIA CAPUZZI

La Comunidad Juan XXIII apunala la paz en Colombia

El de justicia es un concepto más amplio que el de “derecho”. Es la “justicia” de la que **Jesús** habla varias veces y es la “justicia” por la que luchan sin armas los habitantes de la Comunidad de San José de Apartadó en Colombia y quienes les acompañan desde 2009 como **Mónica Puto**, de 54 años y originaria de Pordenone. Es una de las pioneras de la Operación Colomba, el cuerpo civil no violento de la Comunidad Juan XXIII que opera en lugares como Palestina o Ucrania. Mónica ha encontrado en Operación Colomba su camino para seguir el Evangelio, su misión, a través del acompañamiento a los perseguidos por la justicia.

“En realidad es su misión, de las mujeres y hombres de la Comunidad de Paz. Los voluntarios estamos a su lado y es un honor y un orgullo hacerlo. Son nuestros maestros de la no violencia y la justicia”. La “escuela” es un pueblo de unos pocos cientos de casas rodeado por las colinas verde esmeralda de Urabá, en el noroeste del país. Allí, unos cientos de campesinos resisten desde hace casi veintiséis años la guerra más larga de Occidente, negándose a participar en ella. En el corazón de la región bananera lucharon durante décadas los milicianos pseudomarxistas del Quinto Frente de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), los paramilitares de ultraderecha de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) y la Brigada XVII del Ejército cuyo comandante, el general **Rito Alejo del Río**, fue condenado a 25 años por ejecutar a un sindicalista. Los tres grupos pusieron a los agricultores locales en el dilema de colaborar con ellos o resistirse a ellos. Los sanjoseños han optado por una tercera vía inédita, declararse neutrales y construir una forma de vida solidaria y no violenta.

Los vecinos gobiernan juntos la Comunidad a través de la asamblea mientras que los ocho miembros del consejo, elegidos por turnos, se encargan de la gestión. Cada uno tiene su propio campo que administra de manera autónoma y todos juntos cuidan la porción común de tierra. Y el jueves se dedica al trabajo colectivo de mantenimiento de las carreteras, la escuela y el centro social. Los resultados se ven a simple vista: las casas, con paredes de



madera y techo de hojalata, son humildes, pero están cuidadas, como las plantas y los animales. En una de estas casas viven las colombas. “Lo que hacemos no es un trabajo. Es un compartir la realidad de estas personas. Tratamos de vivir como ellos e incluso de movernos como ellos, a lomo de mula o a pie”.

Mónica, como miembro de la Papa Juan XXIII, ha optado por vivir sin salario, solo con el reembolso de gastos. Durante sus estancias en Italia, colabora en recaudar fondos para el proyecto que se financia con donaciones de particulares, asociaciones y realidades laicas y eclesiales. “La mayoría son pequeñas contribuciones. Sobre todo, son los pobres quienes nos ayudan. Los principales donantes contribuyen con mayor disposición cuando ven un resultado tangible como una escuela, un hospital o una iglesia. Nosotros no construimos nada. Simplemente caminamos juntos. Elegimos voluntariamente una situación que otros se ven obligados a sufrir. No podemos cambiarla, pero podemos ser un apoyo en un sistema injusto por el cual nuestras vidas de europeos valen más que las de los campesinos colombianos. Así que usamos esas vidas para protegerlos. Quizás, por

esa característica de “protección” muchas veces, todos los voluntarios son mujeres. No somos trabajadoras humanitarias sino hermanos y hermanas de una humanidad dispuesta a dar su vida por la justicia”.

Para la gente de la Comunidad, la muerte violenta es una constante compañera. “No nos dicen si nos van a matar sino cuándo”, subraya Mónica. Los grupos armados han hecho pagar un alto precio a los rebeldes no violentos que se niegan a portar armas, delatar, cultivar coca o incluso venderles comida. De las trescientas familias fundadoras, quedan 35. Hay 325 nombres escritos en las piedras blancas que forman el mausoleo del Parque de la Memoria. Uno por cada habitante asesinado. El goteo continúa a pesar de la paz firmada por el gobierno y las Farc en 2016.

Protegerse unos a otros

El vacío dejado por los guerrilleros desmovilizados fue llenado por nuevas formaciones criminales, herederas de los viejos paramilitares. “El 29 de diciembre de 2017, hombres encapuchados con armas y machetes irrumpieron en la comunidad e intentaron matar al diputado **Germán Graciano Posso** y al concejal **Roviro López**. Ambos habrían muerto si los niños no se hubieran dado cuenta y dado la alarma. Entonces toda la Comunidad se apresuró y desarmó a los agresores. Fue impresionante verlos movilizarse como un solo cuerpo para protegerse unos a otros. Me vino a la mente la frase en **Juan**: no hay amor más grande que dar la vida por los amigos”.

No es fácil para las colombas velar por estas personas en constante peligro. “Es un viaje muy profundo, espiritualmente intenso. Te hace preguntarte muchas cosas, te sacude y te pide que repitas tu sí todos los días. Lo más difícil de soportar es la frustración porque no vemos grandes resultados”. Además de la formación inicial, la Comunidad ofrece una formación constante. “En una sociedad obsesionada con la performatividad, la Comunidad me ha enseñado que la misión no tiene fin. Es un camino en el que se avanza sin saber adónde. Lo importante es dejar huellas que indiquen el horizonte correcto. Que vas por el camino correcto. Entonces cada paso se convierte en justicia”.

La guerra de Bosnia dio a **Lisa Clark**, intérprete en conferencias internacionales, la misión de la paz. “Conocía bastante bien Yugoslavia y hablaba un poco el idioma. Durante las primeras semanas del conflicto, cogí el coche y me fui sola a Croacia. Volví a los 5 o 6 días y no había entendido nada: ‘Yugoslavia se acabó, pero no, no llegarán a matarse unos a otros’... Y, al final... Mi compromiso comenzó cuando la asociación Beati i Costruttori di Pace lanzó su campaña para Bosnia. Ese país que era Yugoslavia se quedó para siempre en mi corazón. No olvido el 7 de diciembre de 1992. Era el día de la marcha de los 500 en Sarajevo, con los obispos **Luigi Bettazzi** y don **Tonino Bello**, en sus últimas semanas de vida”.

Desde entonces, Lisa Clark, estadounidense afincada en Florencia, se ha comprometido al lado de los pueblos destruidos por las guerras, convencida de que “desde la perspectiva de quien recibe las balas se entiende cómo oponerse a la guerra, a la arrogancia de los más fuertes y a la negación de los derechos de los débiles”. Vivió en la Sarajevo sitiada, promoviendo redes de conexión y solidaridad en la ciudad y entre las personas separadas por el frente. También en Bosnia y en Kosovo. Participó en misiones de derechos humanos y observación electoral en Palestina, Albania y Chiapas. Coordinó la misión de la sociedad civil para las primeras elecciones en la R.D. del Congo y acompañó misiones institucionales en Eritrea, Etiopía, Somalia y Kenia. Vicepresidenta de Beati i Costruttori di Pace, referente de la Red Italiana de Paz y Desarme, representante italiana de ICAN-Campaña Internacional para la Abolición de las Armas Nucleares, con la que recibió el Premio Nobel de la Paz en 2017, y copresidente del International Peace Bureau.

Hablando sobre la paz, especifica: “No tengo prejuicios contra el uso de las armas o de la fuerza militar. Lo que me escandaliza es que hayamos permitido que instituciones de países europeos se sumen a una noción que viene de mi país de origen, Estados Unidos, es decir, que solo la fuerza militar puede resolver estas situaciones. Con eso sí que no estoy de acuerdo”.

Sobre Ucrania asegura que no condena “como pecado mortal el envío de armas defensivas o los misiles que derriban aviones”. “Es aceptable en esta situación”, concluye y añade: “Me parece escandaloso que falte todo lo demás y que eso haya influido en el discurso público, incluso en Italia. ¿Qué



La Nobel Lisa Clark trabaja en primera línea contra la guerra

La paz solo dura si se construye

debes hacer contra alguien que te ataca?! Hay que defenderse, de eso no hay duda... Tampoco se debe excluir la posibilidad del diálogo mientras uno se defiende”.

Crear redes de amistad

Para esta, y para todas las demás guerras, debemos hacer “lo que siempre hemos hecho, crear redes de amistad y construir puentes, no muros. Esto no siempre conduce a la solución que quisiéramos. La guerra es más rápida y conveniente que la paz. Si bien, una vez construida, la paz se mantiene”. “¿Y si no aguanta?, porque vemos guerras que nunca terminan”. Clark responde convencida: “No se sostiene la paz cuando la concibes como la derrota militar de un bando. Lo que hay hoy en Bosnia no es paz. El pecado mortal del acuerdo de 1995 de Dayton, que puso fin a las hostilidades, fue reconocer las conquistas y fronteras dictadas por las armas. Cuando se parte de la idea de que hay que dividir una comunidad, porque no es posible la convivencia, entonces es imposible la paz, porque la paz es convivencia”.

Ese es el problema de las negociaciones. ¿Cómo hacer? “No todo debe decidirse en

el primer encuentro y no todo tiene que decidirse inmediatamente. Debe darse tiempo e implicar a las partes interesadas. Es lo que viví en la R.D. del Congo. Saber establecer el acercamiento es básico en la construcción de la paz. Entre Rusia y Ucrania, los intercambios de prisioneros o el acuerdo sobre la exportación de cereales son buenas señales. En inglés las llamamos *confidence building measures*. Aunque lo imprescindible para sentarse a la mesa, es un alto el fuego”, dice Lisa Clark.

Cuando ICAN recibió el Premio Nobel de la Paz, Lisa Clark habló de “una victoria para la sociedad civil porque somos quienes podemos obligar a nuestros estados a elegir lo que es ética y moralmente aceptable y lo que no lo es”. Y esta es esa parte de la misión que se puede hacer en casa: “Concienciar a la gente para que abra los ojos, quiera informarse y no se conforme con el hecho de que siempre ha habido guerras. Y tenemos que mantener los ojos abiertos. Por ejemplo, mis amigos congoleños se han resignado a que todo depende de la codicia que viene de fuera, pero no es exactamente así porque en muchos países hay mucha corrupción interna”.



Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento